

## LA CARRERA

Eran los días finales de octubre de 1957, cuando salí a las seis de aquella tarde, de la Escuela Antonio Caso, con rumbo al Internado Indígena, ubicado a doce kilómetros de San Juan del Río, Querétaro. Camino que durante los tres años recorrí en mi bicicleta Raleigh, para estudiar la educación secundaria, de lunes a viernes de ocho de la mañana, a dos de la tarde. En este último semestre, aumentó la cuota de kilometraje los lunes, miércoles y viernes, de cuatro a cinco y media, porque el maestro de la clase de Hojalatería, sólo podía darnos la clase en esos días y en ese horario. Dos veces intenté quedarme a comer en casa de unas amigas de Martín, mi compañero de viaje, pero no soporté el tipo de comida y mejor preferí regresar a la escuela, después de comer en casa con mis padres, para entrar a las cuatro. Ese día, se me hizo tarde, porque el maestro nos dio una explicación sobre nuestra tarea y se extendió demasiado en el tema.

De la escuela me dirigí a la salida para Tequisquiapan, por la callecita frente a la terminal de los autobuses Estrella Blanca. Me éfilé a la salida y pude dejar el empedrado, cuando las llantas comenzaron a sonar por el efecto del asfalto. Me impulsé fuerte y se me hizo fácil avanzar en el pavimento, pues me acuciaba la necesidad de llegar a mi hogar antes de que oscureciera completamente. Pasando La Guitarrilla, comencé a ascender la curva y de ahí estaría en poco tiempo en el cruce a San Pedro Aguacatlán, a unos cinco kilómetros de San Juan. La tarde iba cayendo y el sol ya amenazaba con desaparecer, para dar paso a la obscuridad y la noche. Y al pensar en el detalle del atardecer, agarré más ánimo y entré a la terracería, la cual, por estar recién raspada y planchada por una motoconformadora, pasado el tiempo de lluvia, estaba en muy buenas condiciones y llegaría, así hasta la primavera. A los pocos minutos del cruce, me alcanzó un muchacho montando una bicicleta de media carrera, al parecer de la comunidad de La Llave.

---Te voy a ganar, pelón. ¿Vas a la Llave, verdad?

---Allá voy. ¿Por qué?

---Siempre hemos sido rivales de ustedes, pelones. Yo soy de La Llave y te reto a que corramos de aquí a la entrada del internado. A ver si aguantas mi ritmo, pelón.

---Sale y vale. El que no llegue primero, lo hará conocer en San Pedro Aguacatlán, en La Llave y en La Valla. ¿De acuerdo?

---De acuerdo. Que gane el mejor.

Según mis cálculos y mi experiencia adquirida en esos caminos, al paso que llevábamos estaríamos entrando al puente a las seis y veinte, si la visibilidad nos permitía avanzar. A más de cuarenta y cinco kilómetros por horai podríamos lograrlo, si los imponderables lo permitían.

En la entrada de San Pedro me desvíe a la derecha, por una calle que daba a la intersección de la salida del pueblo, con la calzada de los Alcanfores. Al llegar, no lo pensé dos veces y bajando bruscamenteme metí al maizal asentado en una hondonada que estaba como a un metro y cuarto del nivel de la carretera, cayendo en la veredita que los caminantes usaban para acortar el camino, pues salía a uno a unos trescientos metros del puente, librando así, la calzada. Di gracias a

Dios porque no hubo ningún caminante. De reojo noté que mi rival iba muy cerca, aprovechando que le facilitaba el avance. Ascendí encarrerado para salir del sembradío a la carretera, rogando a Dios para que no hubiera gente o vehículos, pues yo no podría verlos, al ser tapado por la maraña de árboles de tequesquite, valla natural del camino y de delimitación del terreno del maizal. Saliendo de la oquedad de entre las zarzas, seguido por el otro ciclista, comencé a incrementar la velocidad para compensar el paso disminuido por el tránsito en el sembrado de maíz. Cruzando el puente giramos a la izquierda, entrando a la recta que nos llevaría después de unos mil quinientos metros, al cruce a la derecha y entrar al puente de la represa de la laguna El Divino Redentor.

Aceleré al máximo aprovechando la poca luz que nos daba al ir avanzando hacia el oeste. Casi como exhalación pasé brincando las deformaciones recuerdo de que la máquina no logró raspar esa parte y fui a dar de lleno en el bordo de la represa. Reompuse mi trayectoria y me fui por el centro de la carretera. Ahí logré alejarme del otro competidor. Llegué a la entrada con tubos en el piso, para evitar el paso del ganado, a unos ciento veinte metros del final de la alameda divisando la bella fachada del enorme edificio del internado, destacado por el estratégico alumbrado.

---¡Bravo pelón, eres el mejor! ¡En la otra me desquito!

¡Mi reloj marcaba las seis diecisiete!